

## Periodismo y literatura

Raúl del Pozo

Cuando yo bajaba paladeando por la hoz del Júcar, según venía de La Torre, soñé con ser escritor. Tal vez si hubiera nacido en la Boca hubiera soñado con ser gigoló, si en Brooklyn gángster, si en Nápoles cantante. Pero nací cerca de la Ciudad Encantada, en una aldea en la que se contaban leyendas de zorros y de maquis y para llegar a la ciudad tenía que atravesar la geografía de un cuento. Tal vez por eso elegí la más seductora de las profesiones. La infancia y la ciudad en que se crece constituyen, como ya se ha dicho, la patria del escritor y en esta ciudad fría e introvertida se admiró a los poetas. Cuenca, irreal, ensimismada, silenciosa, con habla de poderosa música, siempre se dejó seducir por el opio oral de la poesía y siempre admiró a los escritores. El Café Colón estaba repleto de jugadores de dados y de poetas y siempre la ciudad, como una Florencia castellana en vez de toscana, se dejó conquistar por los libros. Para un caballero de la Cuenca medieval sería un honor haber cortado muchas cabezas de moros, para un conquense de la modernidad, como para un florentino del Renacimiento, la cultura era un honor social. Pasear con un libro en la mano por las calles de Florencia garantizaba la misma seguridad que en otras ciudades llevar espada.

La primera ilusión de mi vida era escribir. Y como no me dieron sitio entre los poetas del Parnaso, enseguida decidí escribir novelas. Antes me di un garbeo por la Sierra, por España, por las ciudades de Europa y más tarde me dediqué profesionalmente al periodismo. Como los protagonistas de Tom Wolfe pensaba ser reportero para hacer tiempo y dinero, aunque el verdadero sueño era irme un día a una cabaña para escribir una novela. En las redacciones he gastado mi vida. El periodismo fue para mí una gran aventura y lo viví de una manera provisional hasta que llegara la hora de la experiencia y la capacidad de narrar. Por eso la de novelista no es en mi caso una vocación tardía. Empecé tarde y me siento de la generación de Mañas, un narrador adolescente.

Me han sugerido que hable de Literatura y Periodismo. Para mí, las dos profesiones o vocaciones se basan en el mismo arte. El narrador y el reportero trabajan con la palabra y tejen historias. El periodismo se basa, aparentemente, en lo veraz y sin embargo hay una veracidad del narrador. Es casi más fácil mentir en periodismo que en literatura. Hay a veces más imaginación en el periodismo que en la novela. Se publican cada día historias en los periódicos que parecerían exageradas, por irreales, en las novelas. La Literatura y el Periodismo tienen los mismos límites. En ambos artes hay pavor al tópico, a lo manido y a lo obvio y desprecio por la frase hecha, por el refrán y por lo ya sabido. Como periodista trabajé al lado de reporteros legendarios que estuvieron en las batallas decisivas de esta segunda parte del siglo XX, reporteros que hablaban con Chesman antes de entrar a la cámara de gas o meterse en una fila de mendigos ante Indira Gandhi para lograr una entrevista exclusiva. Nos enseñaron que un buen periodista es el que es capaz de resumir el Quijote en folio y medio, pero contando el lugar de la Mancha exacto donde nació el caballero, y de convertir una novela en un telegrama o un telegrama en una novela. Nos hacíamos periodistas en los aeropuertos, en los frentes, en los depósitos de cadáveres y en la calle. Aquel tipo de periodista romántico y bohemio no se diferenciaba del escritor. Llegaba a Madrid como un capa o un carterista o un político a triunfar en la crónica, en las bambalinas o en la novela. Como dice Josep Pla, cuando un periodista empieza a dudar entre el adjetivo cálido y caluroso se convierte en un escritor. El oficio de ambos es el de contar prodigios y ha de hacerlo con precisión, con belleza, con ritmo y con veracidad.

Caías en una redacción y cuando llegaba por la mañana nunca sabía si ibas a acabar en un golpe de Estado o en la isla de Wight o entrevistando a un asesino. Pertencí aún a aquellas redacciones que cuando a uno le llamaban o podía acabar en un baile o en un bombardeo. Yo, como otros, quemé mi juventud en aquellas redacciones y nunca conseguía el dinero y el tiempo para irme a la cabaña. Luego dejé de ser reportero y me hice columnista, un español sentado, un predicador. La historia de la columna es la historia de unos desobedientes que quemaron el libro de estilo. Los que utilizábamos el adjetivo estábamos mal vistos. Aparecieron unos redactores jefes educados en el periodismo anglosajón que consideraban que el adjetivo carece de sustancia propia. Hechos, hechos, decían. Algunos quemamos aquel libro rojo de la objetividad e intentamos escribir en los periódicos como se escribe en los libros. Como ha dicho Francisco Umbral, se rebelaron contra la impersonalidad y la imparcialidad y escribieron como novelistas que cuentan historias breves y diarias. Se acuerdan de algo que no hay que olvidar nunca: al hombre o a la mujer que se acercan a un quiosco a comprar un diario. La gente tiene llena de fantasías la cabeza y no solo necesita hechos, sino hechos rodeados de imaginación. Hoy, sigue diciendo Umbral, la mejor prosa se hace en los periódicos.

Una columna, un reportaje, una crónica o una novela son géneros diferentes, pero tienen en común la imaginación, el ritmo y el estilo. Engañosamente, parece que en el periodismo solo caben los hechos veraces y verificados y la novela está sacada del material de la imaginación y de los sueños. Yo creo que se puede fantasear tanto al escribir artículos que al escribir novelas. Alternando los dos oficios, dos en apariencia y uno real, he publicado tres novelas: **Noche de tahures, La Novia y Los reyes de la ciudad**. Hay ejemplos en la historia de que grandes escritores fueron a la vez, al mismo tiempo, grandes periodistas, como Hemingway o Albert Camus. **El viejo y el mar** es también un reportaje y **El verano sangriento** que se escribió como crónica es una novela. Periodismo y Literatura están sujetos a la veracidad y afán de belleza, los dos necesitan la libertad de pensamiento y la libertad de expresión.

Para terminar quería saludar a esta ciudad, a los conquenses mis hermanos, a Florencio, a Diego Jesús Jiménez, a Luis Calvo, a Acacia Uceta, Enrique Domínguez Millán, a Meliano Peraile, a José Luis Muñoz, a la Diputación, a los escritores que han hecho posible este hecho prodigioso del I Congreso de Escritores Conquenses. Y quiero saludar también a un poeta muerto, del club de los inmortales, que nació en esta provincia y que fue perseguido por la Inquisición y encarcelado en Valladolid. Gracias a su traducción del **Cantar de los Cantares** los españoles se enteraron de que eran racimos de uvas los senos de las mujeres. Que sea Fray Luis, aquel monje, el que nos guíe porque no solo sabía latín, sabía caldeo. Con su humildad y valor y con el román paladino de Cuenca podremos hacer prodigios. Buenos días.